

Dictadura Económica

FREI BETTO

LA POBREZA YA afecta a 115 millones de personas de los 27 países de la Unión Europea, o sea, casi el 25 % de su población, y amenaza a otros 150 millones de habitantes.

En España, la tasa de desempleo llega al 22,8 %. Grecia e Italia se encuentran bajo intervención blanca, gobernados por primeros ministros escogidos por el FMI. Irlanda y Portugal están insolventes. En Bélgica y en el Reino Unido las manifestaciones callejeras confirman que “se acabó la fiesta”.

Ahora, el Banco Central de la Unión Europea quiere nombrar para cada país en crisis un interventor para controlar el presupuesto. Es la oficialización de la dictadura económica. El Reino Unido y la República Checa votaron en contra. Pero los demás 25 países lo aprobaron. Queda por saber si Grecia, el primero en la lista de la dictadura económica, va a aceptar abrir la mano de su soberanía y entregar sus cuentas a un control externo.

La actual crisis internacional es mucho más profunda. No se resume en la turbulencia financiera. Está en crisis un paradigma civilizatorio centrado en la creencia de que puede haber crecimiento económico ilimitado en un planeta de recursos infinitos... Dicho paradigma identifica felicidad con riqueza, bienestar con acumulación de bienes materiales, progreso con consumismo. Todas las dimensiones de la vida —la nuestra y la del planeta— sufren hoy un acelerado proceso de mercantilización. El capitalismo es el reino del deseo infinito atascado en la paradoja de establecerse en un planeta finito, con recursos naturales limitados y una restringida capacidad poblacional.

La lógica de la acumulación es más autoritaria que todos los sistemas dictatoriales conocidos a lo largo de la historia, pues ignora la diversidad cultural, la biodiversidad, y comete el grave error de dividir la humanidad entre los que tienen acceso a los últimos avances de la tecnociencia, en especial de la biotecnología y la nanotecnología, y los que no lo tie-

nen. De ahí su aspecto más nefasto: la acumulación o posesión de la riqueza en manos de unos pocos se hace posible gracias a la desposesión y exclusión de muchos.

La cuestión no es saber si el capitalismo saldrá o no de la enfermería de Davos en condiciones de sobrevivencia, aunque se vea obligado a tomar medicinas cada vez más amargas, como suprimir la democracia y cambiar el voto popular por las agencias de verificación económica, y los políticos por ejecutivos financieros, como sucede ahora en Grecia y en Italia. La cuestión es saber si la humanidad, como civilización, sobrevivirá al colapso de un sistema que asocia ciudadanía con posesiones y civilización con paradigma consumista anglosajón.

Estamos en vísperas de Río+20. Y nadie desconoce que esta casa que habitamos —el planeta Tierra— sufre alteraciones climáticas sorprendentes. Hace frío en verano y calor en invierno. Las aguas están contaminadas, los bosques devastados, los alimentos envenenados por agrotóxicos y pesticidas. El resultado: sequías, inundaciones, pérdida de la diversidad genética, suelos desertificados... Hay consenso entre la comunidad científica de que el efecto estufa, y por tanto el calentamiento global, es consecuencia de la acción deletérea del ser humano.

Todos los esfuerzos para proteger la vida en el planeta han fracasado hasta ahora. En Durban (Sudáfrica), en diciembre del 2011, lo máximo que se pudo avanzar fue la creación de un grupo de trabajo para negociar un nuevo acuerdo de reducción del efecto estufa... ¡para ser aprobado en el 2015 y puesto en práctica en el 2020! El Departamento de Energía de EE.UU. calculó que, en el 2010, fueron emitidos 564 millones de toneladas de gases de calentamiento global, o sea, un 6 % más que el año anterior.

¿Por qué no se consigue avanzar? Pues porque lo impide la lógica mercantil. Basta decir que los países del G-8 proponen, no salvar la vida humana y la del planeta, sino crear un mercado internacional de carbono o energía sucia, de modo que los países desarrollados puedan comprar cuotas de polución no aprovechadas por los países pobres o en desarrollo.



¿Y qué dice la ONU? Nada, porque no consigue librarse de la prisión ideológica del mercado. Propone, por tanto, a Río+20 una falacia llamada “Economía Verde”. Cree que la salida reside en mecanismos de mercado y soluciones tecnológicas, sin alterar las relaciones de poder, sin reducir la desigualdad social ni crear un mundo ambientalmente sustentable en el que todos tengan derecho al bienestar.

Los dueños y grandes beneficiarios del sistema capitalista —el 10 % de la población mundial— acaparan el 84 % de la riqueza global y mantienen el dogma de la inmaculada concepción de que basta con limar los dientes al tiburón para que deje de ser agresivo... (Tomado de ADITAL)

ALBERTO PIRIS (*)

EL CORO DE las lamentaciones ha sido muy nutrido: “absolutamente deplorable”, comentó el Secretario de Defensa de EE.UU.; la Secretaria de Estado mostró su “total consternación”; y el más alto jefe militar a las órdenes de Obama manifestó estar “profundamente perturbado”. Pero quien se ha visto más directamente implicado por lo ocurrido, el comandante general del **Cuerpo de Infantería de Marina**, tuvo que ser más explícito y declaró que los hechos, objeto de tan extensa compunción, “son totalmente incompatibles con los elevados niveles de conducta y de ética bélica que hemos mostrado a lo largo de nuestra historia”.

La escena que ha provocado este generalizado rasgar de vestiduras en EE.UU. se ha difundido por todo el mundo: cuatro uniformados infantes de marina orinando sobre los cadáveres de unos afganos no identificados. Conviene añadir que en el video tan propagado (aunque no en las fotografías) se han difuminado púdicamente los orígenes desde donde brota la cuádruple micción: como si lo reprochable fuera contemplar los órganos excretores de los bravos soldados y no la vergonzosa operación a la que están dedicados con entusiasmo. Escuchando atentamente se oye a uno de ellos decir: “Que tengas un buen día, colega... dorada, como una ducha”, dirigiéndose probablemente a la víctima por él rociada.

Ciertamente hay mucho de lo que avergonzarse, pero la condena oficial de la “conducta inapropiada” de unos soldados suena a falso; sobre todo cuando hay antecedentes fidedignos de una aceptada obscenidad, solo reprobada oficialmente cuando salen a la luz pública documentos comprometedores. Las ya famosas fotos de **Abu Ghraib** fueron solo la

Trofeos de guerra



parte visible de un iceberg profundo, producto de las guerras libradas contra unos países, lejanos e incomprensibles para los soldados invasores, y contra unos combatientes despreciados. Despreciados porque oficialmente habían sido calificados como “insurgentes”, “terroristas”, “malhechores” (esto es, agentes del “eje del mal” que inventó Bush II) y, por tanto, no eran vistos como enemigos, ni siquiera como seres humanos. Eran simples objetos ajenos sobre los que desfogar las frustraciones de unos soldados que no veían cerca la victoria que se les había prometido, la que justificaría sus padecimientos en el campo de batalla y les permitiría un triunfal regreso a casa.

Es una vieja y muy extendida tradición bélica el coleccionar trofeos de guerra. Entre los más deseados despojos en la historia de las

guerras están las banderas y pendones del enemigo y sus mujeres. Pero la gama de posibles trofeos ha sido muy variada. Algunos indios de Norteamérica coleccionaban las cabelleras arrancadas a los blancos que invadían sus tierras; y los ejércitos napoleónicos aramblaron con todas las obras de arte que encontraron en sus correrías por Europa y África, enriqueciendo así los museos de la dulce Francia.

Años atrás, un veterano de las guerras españolas en África me mostró los dedos momificados, arrancados al cadáver de algún rifeño que en los años 20 del pasado siglo había muerto frente a la posición donde estaba destacado. No es que los venerara como el brazo de Santa Teresa (tan arrugados y repulsivos como este se veían), pero para él eran el reconfortante recuerdo de un tiempo

pasado en que luchó contra un enemigo y sintió la emoción juvenil de arriesgar su vida.

Ahora no es necesaria tanta violencia para conservar recuerdos bélicos. Basta una cámara digital o un teléfono móvil para mostrar a los demás, de vuelta a casa, lo que el valiente veterano, que sobrevivió a la violencia de la guerra, ha conocido muy de cerca y ha padecido. O para mostrar su audaz masculinidad, como en el caso aquí comentado, y jactarse años después, ante sus nietos, de su pasado como héroe de guerra frente a los humillados enemigos derrotados.

Pero esos trofeos acaban sirviendo, a la larga, para registrar indeleblemente la crueldad de la guerra y ponerla al alcance de los que viven ajenos a ella. No hay que ir muy lejos: le propongo al lector una dirección de Internet que lo demuestra; su horror puede ser insoportable, pero reflejan una realidad de hoy: <http://warisacrime.org/image/tid/55>

Lo que observará el lector que abra esta página son simples fotografías que los soldados conservan o envían a casa, como trofeos de guerra. No necesitan cortar personalmente los dedos a un cadáver: ellos se limitan a fotografiar lo que ven. Son imágenes brutales y sangrientas. Son el resultado inevitable de la guerra, de cualquier guerra.

Pero es lícito preguntarse: ¿quiénes toman estas fotografías?, ¿por qué lo hacen?, ¿quiénes disfrutan con ellas? Y por último, ¿revela su difusión esos “altos niveles de conducta y de ética bélica” a los que aludía el comandante general de la Infantería de Marina?

“El horror... el horror”, es la conclusión de **Apocalypse Now**, una de las mejores películas de guerra que conozco. Basta con escarbar bajo la delgada piel de la guerra para encontrar irremediablemente el horror, todo horror. (Tomado de La República.com)

(*) General de artillería español en la reserva.